



Salamanca

En mi anterior escrito decía que el esplendor que la Universidad de Salamanca alcanza en la literatura de nuestro Siglo de Oro contrasta con la opinión sobre Bolo-

nia. Efectivamente, pocas ciudades, no sólo su Universidad, pueden orgullecerse como Salamanca de tener su nombre en cumbres de la literatura tales como «La Celestina», «Lazarillo de Tormes» y «El Quijote». Aunque no sea explícita, la tradición afirma que «La Celestina» se desarrolla en Salamanca (hay un paraje llamado «Peña Celestina»). Lázaro nació en Tejares, en una aceña del Tormes. «El Quijote» merece atención especial.

Por lo que se refiere a la Universidad, hay dos personajes que indican claramente la opinión del autor sobre la misma. En la 1ª parte de «El Quijote» (capítulo XII) en el cuento de la pastora Marcela, su protagonista es Grisóstomo, «un hijodalgo» rico, vecino de aquellas sierras (Sierra Morena) el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar, con opinión de

muy sabio y muy leído. Principalmente, decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna. —Eclipse se llama, amigo, el oscurecerse esos dos luminares mayores— dijo Don Quijote. El cabrero que narraba la historia añadió: «olvidóseme de decir como Grisóstomo fue grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios». (Se refiere a los autos sacramentales del Corpus Christi).

En la 2ª parte de «El Quijote», Cervantes, por boca del barbero, se hace eco tanto del prestigio de la Universidad salmantina como del refrán «lo que Naturaleza no da, Salamanca no presta», citando un cuento de locos, a los que tan aficionado era: «En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio. Era graduado en Cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco». (Cap. I).

Pero lo más importante, en esta 2ª parte,

es la aparición de un nuevo personaje, verdadero antagonista del principal, cuya curación procura, en su propio terreno, es decir, en duelo caballeresco. Es el bachiller Sansón Carrasco que, a sus 24 años, ha regresado de Salamanca con el título y órdenes menores. Está tan convencido de su ciencia, que, en diálogo con el ama de Don Quijote, dice: «... no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachellear».

En «El Licenciado Vidriera» se lee: Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado). Tengo mis dudas de si no habrá aquí la clásica ironía cervantina. Me río yo de la paz de una ciudad no muy extensa (amurallada, salida de la Edad Media), por la que pululaban en su época dorada —aquella— más de 7.000 estudiantes. La opinión que de éstos tenía Cervantes está clara en la semblanza del ventero que «armó caballero» a Don Quijote: «no menos ladrón que caco, ni menos maleante que estudiante o paje». (1ª Parte, Cap. II).



En un edificio noble de la parte antigua de Salamanca hay una lápida con el citado texto, al parecer tan laudatorio. O la había, porque con lo de la Memoria Histórica, interpretada de forma extensiva (como algunas ganaderías) nunca se sabe.

Cualquier día nos sale en Zamora un iluminado diciendo que Viriato, de «terror romanorum» nada; era un infiltrado, un agente doble para informar de los puntos débiles de los indígenas. (No es broma; en la República decían que era fascista y como tal saludaba y estaba rodeado de las fasces del líctor —la verja—; los pobres no se enteraban que estando estos a la funerala simbolizan las victorias de Viriato sobre los romanos).

En Zamora tenemos el precedente de la «charlotada» del Portillo de la Traición. Esto no lo digo yo. Véase la graciosísima viñeta de la última página de LA OPINIÓN-EL CORREO DE ZAMORA de 26 de diciembre pasado. Yo lo calificué de «circo» en estas páginas del 28 de noviembre, pero no en sentido peyorativo, sino según la descripción del María Moliner: «Espectáculo que gusta mucho a los niños». (Nada más halagüeño).

Ceferino Cuadrado Matallana
(Zamora)